



Philippe Erlanger
Enrique VIII



La personalidad humana y política del rey Enrique VIII de Inglaterra ha quedado marcada en la historia con el signo de la contradicción.

Aquel déspota sanguinario, implacable expoliador del clero y cruel verdugo de seis esposas, fue también el artífice de una política exterior mantenida por su país durante siglos, fundó la iglesia anglicana y sentó aunque involuntariamente, las bases de la democracia inglesa.

Se trata, en suma, de un personaje completo, situado en la encrucijada de dos épocas muy distintas.

Esta obra nos permite penetrar en la historia de Enrique VIII y de su tiempo al hilo de un relato biográfico riguroso y sugerente.

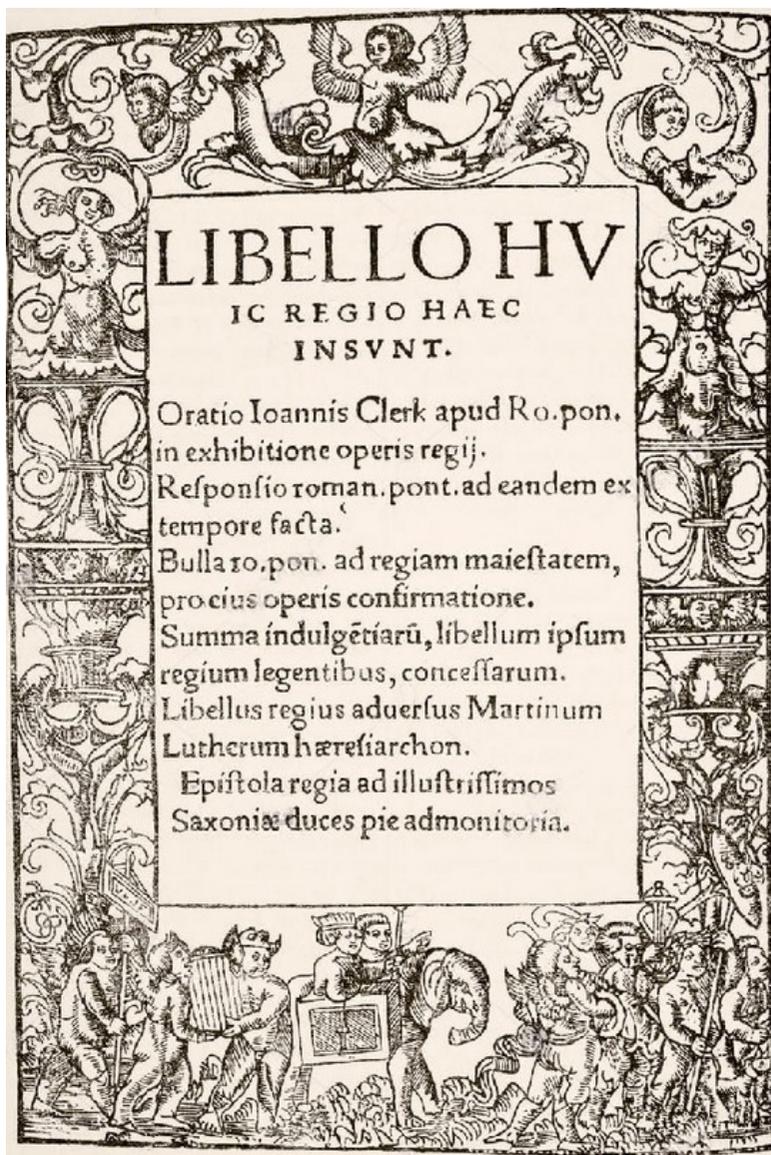


**Enrique VIII, rey de Inglaterra,
por Hans Holbein**

Enrique VIII (1491-1547)

Segundo hijo de Enrique VII y de Isabel de York, Enrique VIII sucedió a su padre en el trono a causa del fallecimiento en 1502 del primogénito, Arturo. En el mismo año de su coronación contrajo matrimonio por razones políticas con Catalina de Aragón, viuda de su hermano. Basó su política en la alianza con España dirigida contra Francia, pero la preponderancia imperial después de la batalla de Pavía le indujo a aproximarse a este último país para contrarrestar el poderío español. Desde los inicios de su reinado apoyó al papado contra la Reforma, pero la cuestión matrimonial incidió directamente sobre el problema religioso. En 1527, debido a la ausencia de hijos varones y al comienzo de sus relaciones con Ana Bolena, inició negociaciones con el papa para lograr la nulidad de su matrimonio. Ante la negativa de Clemente VII convocó el Parlamento, que dictó la anulación de numerosos privilegios eclesiásticos. En 1533, el rey obtuvo del arzobispo de Canterbury la anulación de su matrimonio y la aceptación de su enlace con Ana Bolena. Esta acción le valió la excomunión papal, por lo que en 1534 el Parlamento aprobó el Acta de Supremacía, que declaraba la independencia de la Iglesia anglicana bajo la soberanía real. En política interior, Enrique VIII impulsó la formación de un moderno Estado soberano, integró los organismos feudales de las marcas en la administración real, asimiló el País de Gales a Inglaterra y anexionó Irlanda, proclamándose rey de este país. Tras su matrimonio con Ana Bolena —a la que hizo ejecutar en 1536—, la necesidad de un hijo varón y su temperamento apasionado le condujeron a

una serie de nuevos matrimonios: Jane Seymour, fallecida tras dar a luz a su hijo Eduardo; Ana de Cleves, de la que se divorció en 1540; Catalina Howard, ejecutada en 1542, y Catalina Parr. En sus últimos años intervino activamente en política exterior e inició la potencia marítima de Inglaterra con la creación de una poderosa flota y de la Junta Naval. Enrique VIII murió en Londres en 1547.



Portada de Assertio Septem Sacramentorum,
libelo en torno a los siete sacramentos en el que
Enrique VIII mantenía una postura antiluterana.
British Museum, Londres

Primera parte

EL PRÍNCIPE RADIANTE

1. Enrique VII y su reino

La Inglaterra de la Edad Media tenía un rey infalible e inviolable a quien, paradójicamente, se juzgaba a intervalos regulares, y una poderosa Iglesia no menos inviolable, gran institución aristocrática y territorial siempre en peligro de verse despojada.

En tiempos normales, todos parecían confundir al rey con la realeza, al hombre falible con la idea infalible, pero, con el menor pretexto, desaparecía la confusión y estallaba una crisis sangrienta. Eduardo II, Ricardo II y Enrique VI fueron asesinados. Enrique II, Juan sin Tierra y Enrique III fueron humillados y reducidos a la impotencia. Desde finales del siglo XII los señores y el pueblo se habían reconocido libertades que en otros lugares eran impensables. Las grandes victorias conseguidas durante la guerra de los Cien Años no modificaron las cosas. Pero tras la derrota final cambió el panorama.

Los ingleses tuvieron que replegarse a su isla, dejando una Francia con un gobierno fuerte y un claro sentimiento de unidad nacional. Sufrieron entonces, junto con su rencor, la anarquía y el desorden que hasta entonces habían imperado entre sus enemigos y hasta la locura que Enrique VI heredara de su abuelo francés Carlos VI.

Se produjo entonces el terrible espectáculo de un país poseído por una crisis de histeria. Como si quisiera imponerse un castigo por la derrota, durante treinta años Inglaterra derramó su propia sangre en la guerra de las Dos Rosas, espantoso conflicto dinástico entre la Casa de Lancaster y la Casa de York que aniquiló a la cuarta parte de la población, en su mayoría perteneciente a la nobleza.

La conclusión fue inesperada. En el campo de batalla de Bosworth, la corona arrancada de la cabeza de Ricardo II recayó, en 1485, sobre un hombre que no tenía prácticamente ningún derecho.

El vencedor, Enrique Tudor, conde de Richmond, coronado con el nombre de Enrique VII, tenía una genealogía curiosa. Su bisabuelo, galo de origen humilde, fue perseguido tras ser acusado de asesinato. Su abuelo, el escudero Owen Tudor, tuvo la audacia de seducir y luego casarse con Catalina de Francia, viuda del glorioso Enrique V, a la que éste, en virtud del Tratado de Troyes, había entregado la corona de San Luis. Su hijo Edmond consiguió casarse con Marguerite Beaufort, bisnieta del jefe de la Casa de Lancaster, Juan de Gante. Por desgracia, los Beaufort eran bastardos legitimados.

Esto no fue obstáculo para que, tres generaciones más tarde, Enrique enarbolará el estandarte de los Lancaster y permitiera así el triunfo de la Rosa Roja. Pero inmediatamente se unió a una Rosa Blanca, Isabel de York, hija del difunto rey Eduardo IV: de esta manera su familia recibía sangre verdaderamente real.

La Casa de York tenía también otros representantes, pero pronto fueron a dar con sus huesos en la Torre de Londres. Varios aventureros se presentaron como herederos legítimos y lograron bastantes seguidores. Uno de ellos, llamado Simnel, se habría salido con la suya si no hubiera sido vencido y hecho preso tras una batalla en la que perecieron seis mil hombres. En señal de desprecio, fue destinado a trabajar en las cocinas.

Otro consiguió que le reconocieran en las cortes extranjeras, trató de desembarcar con sus hombres y mereció el honor de la pena capital.

Este clima de inseguridad explica en cierto modo cómo pudo instaurarse un régimen de tiranía, favorecido en parte por la situación del reino. En aquel país de tres a cuatro millones de habitantes, sólo en la batalla de Towton (1460)

habían muerto veintiocho mil soldados, y fueron numerosas las batallas con un número semejante de bajas. Se habían confiscado las tierras comunales y se había obligado a sus propietarios a trasladarse a las ciudades, donde se convertirían en una especie de subproletariado miserable. Mientras tanto, feroces bandas asolaban los campos. Los soldados, a su vez, se comportaban como bandidos. Los agobiantes impuestos ocasionaban revueltas. Vencidos tras una de estas insurrecciones, los habitantes de Cornualles habían sido reducidos a la esclavitud.

La Iglesia y el Parlamento no tenían la menor fuerza. Las antiguas instituciones, aunque se mantenían en pie, carecían de su prestigio tradicional.

Esta anarquía, el deterioro de un feudalismo esquilmao, la fatiga general y el agotamiento de los partidos coincidían con la aparición del espíritu nacionalista entre los pueblos, la aspiración a un Estado fuerte, unido, personificado en un solo hombre. Había llegado la hora de los monarcas.

Luis XI lo había experimentado ya en Francia. Fernando de Aragón emprendía en España una obra centralizadora semejante. Se ha dicho que, tras los dos príncipes citados, Enrique VII fue el tercer «rey mago» del Renacimiento. Y es indudable que se parecía mucho a ellos.

Este usurpador estaba en consonancia con el nuevo modelo de los fundadores de naciones. Preparando el camino de sus sucesores, reuniría los primeros elementos de la base de granito en que se apoyaría la Inglaterra moderna. Más que a un león se parecía a un felino implacable, de uñas afiladas, dispuesto a lanzarse sobre su presa y a abandonarla de inmediato si la situación lo aconsejaba. Déspota solitario como Luis XI, urdía como él innumerables intrigas y, como él, tenía el don de saber combinar la astucia y la violencia frente a la hostilidad armada de sus adversarios. Esto le permitió adquirir un poder dictatorial que sólo su dinastía pudo ejercer en Inglaterra. Lo utilizó sin contempla-

ciones. Según el embajador veneciano Quirini, «no fue detestado, pero tampoco amado por su pueblo».

Había comprendido que en aquella nueva época el arma absoluta era el dinero. Además, renunció sistemáticamente a buscar en la guerra una gloria azarosa y puso todo su poder al servicio de su codicia.

Aunque llenó la Torre de Londres con la mayoría de los nobles supervivientes y multiplicó los patíbulos, Enrique VII se esforzó más en llenar sus arcas que en eliminar a su adversario. Quirini habla de sus riquezas, «pertenecientes a los principales duques y señores que él mismo había condenado a muerte». «Este rey tan rico —seguía diciendo el veneciano— tiene a sus órdenes en todo el reino a sólo diecinueve señores, entre duques, condes, marqueses y príncipes. Antes tenía muchos más, pero para afianzarse en el trono, los ha reducido a tan bajo número». Según el mismo Quirini, del millón trescientos mil ducados que constituían sus rentas, quinientos cincuenta mil procedían de los «señores a quienes había mandado ejecutar».

Mucho más tarde, otro diplomático veneciano le juzgaría en estos términos: «Fue un príncipe muy prudente, muy justo y muy astuto. De no mostrarse tan propenso a la avaricia, habría sido superior al mayor, al más justo y al más invencible de los príncipes». Invencible lo era, sobre todo cuando se transformaba de felino en zorro.

Veía el mundo con la mirada amarga de un ambicioso perseguido durante su juventud en el exilio y obligado a pasar grandes dificultades. De ahí su morbosos deseo de posesión, que se manifestaba incluso en sus relaciones con los demás soberanos. Lo paradójico fue que, bajo el reinado de aquel hombre de presa, Inglaterra, tras curar sus heridas, se dio a conocer en el campo del derecho y de la prosperidad antes de emprender la evolución gracias a la cual sus hijos serían en Europa los primeros ciudadanos dignos de tal nombre.

Inglaterra era entonces, según la descripción de William Morris, «un país pequeño, demasiado encerrado entre mares estrechos para poder expandirse según sus deseos. No había ni grandes desiertos capaces de abrumar con su tristeza, ni grandes bosques solitarios, ni montañas infranqueables. Todo era medido, ordenado, variado; se pasaba fácilmente de una cosa a otra: había riachuelos, pequeñas llanuras onduladas, todo ello rodeado de árboles perfectamente distribuidos; pequeñas colinas y montañas cortadas por laderas ricas en pastos. En resumen, no era ni una cárcel ni un palacio, sino una casa agradable».

Hasta los más pequeños poblados tenían su iglesia, en unos casos amplia y bella, en otros pequeña y sorprendente. Los conventos de arquitectura magnífica eran incontables. Quirini contaría veintidós ciudades, cincuenta territorios amurallados y mil trescientos pueblos. Londres, de la que admiraba sobre todo su belleza y el gran puente sobre el Támesis, era el centro de una intensa actividad comercial.

El clero tenía una parte considerable de las riquezas del reino. Los obispos volvían a tener poder y muchas veces ocupaban puestos en el Consejo. Ya hemos visto en qué situación se encontraba la nobleza. En cuanto al pueblo, tan duramente oprimido, «era —también según William Morris— un pueblo rústico, de espíritu estrecho pero serio, digno de confianza, y de costumbres sencillas».

La religión regulaba cada momento de la vida cotidiana. Sin embargo, en aquel mismo siglo se habían multiplicado las herejías y había crecido el número de pretendidos brujos o hechiceros, que los Lancaster persiguieron implacablemente.

¿No había sido una de estas enviadas del demonio, quemada en Rouen, la causa de la pérdida de Francia, de una Francia de la que los soberanos ingleses se consideraban señores legítimos?

En realidad, sólo conservaban del territorio francés la ciudad de Calais. Pocas veces un reino, que una generación antes se extendía hasta los confines de Aquitania, se había visto tan brutalmente reducido dentro de los estrechos límites marcados por Escocia y el mar. Hasta mucho más tarde no adquirió sentido político y estratégico la famosa frase «Inglaterra es una isla». A finales del siglo XV franquear el estrecho era mucho menos difícil que atravesar los Alpes o los Pirineos. Lo demuestran sobradamente los numerosos desembarcos efectuados durante la guerra de las Dos Rosas. Las relaciones con los Países Bajos, patrimonio de la Casa de Borgoña heredado por el joven Felipe de Austria, eran estrechas.

Lo que apartaba a Inglaterra, en cierta medida, de los grandes asuntos del mundo era su alejamiento del Mediterráneo, alrededor del cual, a pesar de los descubrimientos de los navegantes, se seguía dilucidando el destino de Occidente. Italia era codiciada por todos: los turcos se acercaban peligrosamente, la Francia de Carlos VII —el país más rico, más poblado y mejor armado del continente— se preparaba a invadirla y Fernando de Aragón trataba de instalarse allí ya antes de concluir la unificación de las Españas.

En toda Italia no había más que un estado homogéneo y poderoso: Venecia. Los príncipes rivalizaban en trapacerías y atrocidades; los papas, víctimas de una corrupción increíble, recurrían a las mismas armas para conservar su poder temporal, mientras que la ebullición ideológica ponía en entredicho el principio gracias al cual habían dominado durante siglos a la Cristiandad.

Al subir al trono, Enrique VII se había encontrado dos enemigos hereditarios: Francia y Escocia. Para mantener su posición y la de su dinastía, contaba con dos medios: hacer alianzas y tener hijos. Los utilizó enseguida. Su hijo mayor, Arturo, nació en 1486, un año después de su coronación; su hija mayor, Margarita, en 1489.

Aquel mismo año firmó con los reyes españoles, Isabel y Fernando, el tratado de Medina del Campo, que preveía el matrimonio de Arturo con su hija, la infanta Catalina de Aragón. En cuanto a Margarita, se le reservaba el futuro rey de Escocia. El tratado de Medina del Campo reconocía los derechos de Inglaterra sobre Normandía y Aquitania, y los de Aragón sobre Cerdeña y el Rosellón. Desde luego, Enrique VII no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de reconquistar las provincias perdidas en la guerra de los Cien Años. Lo que quería era reforzar su posición estratégica, infundir nueva sangre real a su posteridad y, sobre todo, conseguir los doscientos mil ducados prometidos como dote a la infanta.

No tenía todavía la maestría de Fernando, quien, valiéndose del tratado, inquietó al joven Carlos VIII, impaciente por conquistar el reino de Nápoles, y le arrancó el Rosellón y Cerdeña. El poder de España iba en aumento. Por eso, Maximiliano de Austria, padre del joven soberano de los Países Bajos y poco después emperador, buscaba también su alianza. La obtuvo antes de casar a Felipe con una hermana de Catalina, la infanta Juana de Aragón. Esto creó una estrecha relación entre el Tudor, predecesor de Harpagon, y el extraño emperador, condotiero sin recursos, poderoso y mendigo a la vez, que iba de reino en reino sin conseguir gobernar en ninguno.

En 1491 Enrique VII había conseguido imponer un poder despótico, pacificar sus revueltos estados y afirmar su presencia en Europa. Había acumulado el dinero suficiente para situarse en condiciones de igualdad con príncipes cuyos territorios, ejércitos y rentas no podían compararse con los suyos. Encarnaba a la perfección la inteligencia positiva, lenta y progresiva, el espíritu eminentemente práctico que iba a permitir a Inglaterra desempeñar un papel tan personal en la formidable mutación del mundo que estaba a punto de producirse.

Fue en ese momento, exactamente el 28 de junio y en el palacio de Greenwich, cuando la reina Isabel dio a luz a un segundo hijo que recibió el nombre de Enrique y el título de duque de York. El parto fue sumamente doloroso, a pesar del *Magnificat* transcrito en una hoja de pergamino que habían enrollado alrededor de la joven madre; pero el hijo se mostró vigoroso y despierto.

Ningún astrólogo de la corte sospechaba que, con su figura gigantesca, dominaría la historia de Inglaterra, como parece dominarnos a nosotros desde lo alto del famoso retrato de Holbein.